EJERCITO COLOMBIANO

El ejército es un resumen que da la demostración gráfica, por decirlo así, de la índole excelente del pueblo colombiano. Difícil será encontrar una porción de hombres sometidos a la profesión militar, más respetuosos del derecho ajeno, menos amigos de disturbios y de más moderado y circunspecto continente en todo sentido. Esos hombres no tienen, empero, educación adquirida, pues salen de las más ínfimas capas de nuestras poblaciones. La tradición de los cuarteles representa a éstos comúnmente como asilo de gente temible por sus instintos o por sus hábitos; pero entre nosotros son modelos vivientes de compostura y moralidad, no obstante que las ordenanzas que están en vigor son esencialmente benignas, pues en ellas no hay pena de muerte para ningún delito, ni pena de flagelación, ni casi ninguna otra que el arresto por unos días o semanas.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 21 de enero de 1883.)

ELEMENTO CONSERVADOR

En otra ocasión dije que el elemento conservador era el que tenía en pie a este país y el que lo salvaría en su presente crisis; y ahora creo conveniente volver sobre esa tesis para darle su debida significación, ya que entonces apenas tuve tiempo de insinuarla. En todas las sociedades políticas, así como en todas las demás cosas del mundo, un elemento conservador es indispensable como principio de existencia y de progreso. En la nomenclatura

apasionada de los partidos, todos los elementos de ese nombre han sido confundidos con la inacción y aun con el retroceso; y digo *confundidos*, porque hay tanta distancia entre lo uno y lo otro, como entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, hablando en absoluto. El elemento conservador en este país ha sido el principio de la *unidad nacional*, contrapuesto afortunada y previsivamente, desde los primeros años posteriores a la Independencia, a la doctrina disolvente de la soberanía absoluta de los Estados. Ese principio de la unidad nacional, combinado, pero en grado superior, con el de las franquicias municipales, es el alma de la Constitución; y prueba de ello es que la elección presidencial no la hacen los Estados por igualdad de votos, sino en razón de sus poblaciones respectivas; y que, además, según su tenor expreso, ella no fue dictada por los Estados como entidades independientes o soberanas, sino por el pueblo de esos Estados colectivamente.

(Carta escrita en Nueva York, noviembre de 1864.)

EMANCIPACION ECONOMICA

Hombres de iniciativa, hombres de alguna inteligente audacia, pueden, pues, hacer mucho a la cabeza del gobierno nacional. La burocracia nos ha retenido y quebrantado, como retienen y quebrantan al aguilucho las rejas de una jaula. Es hora de que nos salvemos entrando valerosamente en el camino de la emancipación económica, sin la cual quedará reducida a estéril retórica la emancipación política. Bolívar, Nariño y Santander ejecutaron noblemente la grande obra que les tocó en suerte. Los tiempos actuales son de trabajo industrial, de creación de valores y de distribución equitativa de

los mismos entre la gran masa de ciudadanos dispuestos a contribuír a la producción con el sudor de su frente.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 31 de diciembre de 1882.)

EMPRESTITOS

No queremos hacer en absoluto el elogio de los empréstitos, como tampoco queremos decir que sean cosa buena los gastos inmoderados; ni censurables, en todo caso, las economías. Nos proponemos solamente patentizar que los giros sobre lo futuro son operaciones fecundas y necesarias en muchas circunstancias; y que el simple hecho de contraer una deuda, grande o pequeña, no es, en sí mismo, perjudicial ni ventajoso. Para juzgar con acierto la naturaleza de ese hecho deben tenerse en cuenta tanto los antecedentes como los resultados.

(*La Luz.*—Bogotá, 12 de mayo de 1882.)

ENTEREZA

Ciertos hombres públicos tienen a veces buenos deseos, y si se muestran irresolutos o claudican a cada paso en sus tentativas laudables, no es sino por el miedo a los gritos y censuras de exaltados exclusivistas. Pero el hombre de Estado que procede por convicciones y posee suficiente energía moral, se coloca siempre en las corrientes de la opinión y trata de cimentar el bien sin volver atrás la mirada para contemplar falsos o muertos ídolos.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia.* Tomo VII. *Lección Política.*)

ERRORES DE LOS GOBERNANTES

No pretendemos que se pague al exclusivismo con igual moneda, ni que dejen de observarse estrictamente la Constitución y las leyes, ni que se adopte, en ninguna forma, política de combate. Precisamente porque deseamos que el país viva en reposo queremos que no se prescinda de las más elementales reglas de la lógica política. Las convulsiones de los pueblos nunca ocurren espontáneamente, sino que provienen de errores cometidos en la apreciación de la manera de dirigir los asuntos públicos.

(*La Luz.*—Bogotá, 21 de febrero de 1882.)

ESCEPTICISMO

Las estrofas del *Que sais-je?* que el lector conoce, han sido alabadas y censuradas como aguda manifestación de escepticismo irreligioso, sin embargo de que en ellas palpita el mismo sentimiento que animó el *Libro del Eclesiastés,* atribuído a Salomón, y aun algunos fragmentos de los *Salmos* y de la *Imitación de Cristo.*

> Y sin embargo, ¿ves?, bajo dosel
> la necesidad se ostenta algunas veces,
> y el sabio desde el borde hasta las heces
> apura el cáliz que colmó la hiel.
>
> (Imitación del *Eclesiastés.*)

En el revuelto caos de la superficie humana ¿cómo no ver antinomias, falacias e injusticias?

> Más te vale tener poco que mucho...
> Porque no todo lo alto es santo...
> Ponte siempre en lo más bajo,
> y se te dará lo más alto...
> Porque los dones naturales
> son comunes a buenos y a malos.
>
> (*Imitación de Cristo.*)

Contemporáneo del *Que sais-je?* (1860) es el publicado fragmento del pequeño poema *César*, del mismo autor, donde se lee:

> ¿Y qué eres, libertad? ¿Cuál es tu esencia?
> ¿Contigo es compatible la violencia?
> ¿La muerte puede ser tu pedestal?
> ¿Cuál es en este mundo tu destino?
> ¿Tus caudillos no yerran el camino
> cuando cambian la fe por el puñal?

(*La Nación*.—Bogotá, 17 de julio de 1888.)

ESCEPTICISMO FILOSOFICO

La verdad es que el escepticismo es de especies varias. Lo hay mundano que está al alcance de todos, y se funda en observaciones superficiales. El escéptico de esta categoría, que ha sido con frecuencia engañado por haber creído mucho, perdió al cabo sus ilusiones y no se deja llevar de brillantes apariencias, porque debajo ve las realidades, el interés personal dominándolo todo y revistiendo formas seductoras para mejor lograr su objeto. Para él la sociedad es como un teatro donde cada uno desempeña su papel, y solamente los cándidos creen en la sinceridad del lenguaje y de las actitudes. Hay también otro escepticismo —el filosófico— mucho más serio, que se resume en las palabras de Sócrates: "Sólo sé que no sé nada", y en las de Montaigne: "¿Qué sé yo?" Y hay, por fin, el religioso, que niega o duda de la verdad revelada, de la tradición, y hasta de Dios mismo. Escépticos absolutos son raros. Talvez el mayor de todos —de carácter filosófico— ha sido Calderón, si se acepta como cosa sincera su comedia *La vida es sueño*, que parece obra pirroniana; pero Calderón era un espíritu profundamente religioso como lo demuestran sus *Autos sacramentales* y el conjunto entero de su vi-

da. Montaigne, cuyo escepticismo era tan extenso, encontraba notas casi divinas para celebrar las bellas acciones que conmovieron su corazón; y se pudiera pensar —como ya se ha observado— que habiéndose, a larga distancia, anticipado a Kant en distinguir la verdad absoluta, superior al hombre, de la relativa, que sí le obedece, también lo precedió en el hallazgo de la ley moral y en la idea del deber como camino que conduce a la certidumbre. Y en su célebre amistad con Boetie y el recuerdo de éste se inspiró Montaigne para trazar "las más tiernas líneas que hayan salido de su pluma". No se puede cultivar la amistad a tal extremo cuando falta por entero la fe.

"Que amar no es otra cosa que creer."

Sin duda no era acaso en el fondo sino filosófica. La ciencia sólo sirve para hacer patente nuestra ignorancia y nuestra debilidad y volvernos más humildes a medida que más sabemos, a la manera de las espigas que mientras más cargadas de fruto, más se inclinan a la tierra. ¿Qué es la ciencia sino un cúmulo de incertidumbres?

"Escala vacilante en que pasamos
de un error a otro error."

Sabemos nosotros si la misma exaltación de nuestro espíritu que creemos fecunda, ¿no es una enfermedad, una aflicción y un engaño de la naturaleza? ¡Cuán rara diferencia "entre la locura y los presuntuosos devaneos de un espíritu libre!", o que se imagina tal. La filosofía es el más sublime esfuerzo de la ciencia humana; ¿pero qué produce ese esfuerzo? Un vano conflicto de opiniones igualmente inciertas, una lucha estruendosa y estéril, fantasías que se trata de convertir en razonamientos, pe-

ro que tanto carecen de cuerpo como de base. Poesía sofística; nada más...

No estamos más cerca del Cielo cuando escalamos el Chimborazo que cuando descendemos al fondo del océano. Y hagamos lo que hiciéremos nada colmará el vacío infinito, inaccesible, que separa el diminuto lote de verdades al servicio del hombre, de esa mansión impenetrable donde la verdad absoluta reside.

Estos son breves extractos. Lo que caracteriza a Montaigne en su escepticismo no es la misantropía, ni menos la desesperación, ni el orgullo satánico, sino la dulce ingenuidad. Dice lo que piensa en estilo natural, sencillo, sin amargura, sin afectación y sin espanto. En ocasiones pudiera aun creérsele religioso, como en sus incisivas palabras de defensa de Raymond Sébond, sostenedor de las creencias cristianas. "¿Encontráis sus razones débiles? —dice— dadnos las vuestras para ver con qué apoyo emitís juicio sobre las suyas, qué fuerza atribuís a sus argumentos, cómo demostráis que podéis alcanzar la certidumbre."

El escepticismo de Pascal es también filosófico y expresado en estilo conmovedor, ardiente. Las dudas de Montaigne no le hacen verter una lágrima. Si tiene en realidad religión, no es ninguna de las conocidas como tales probablemente. Sus alas no son de águila sino de ánade. En sus *Ensayos* no hay fervor sino buena fe, como él mismo lo declara en el prólogo. Pascal es exactamente todo lo contrario. Cada uno de sus pensamientos, cada una de sus máximas es una inscripción del buril de su espíritu en plancha de inmortal bronce. Chateaubriand sobrecogido lo llamó *espantoso genio* (effrayant génie). Citamos de memoria alguos de esos pensamientos y máximas, que, a primera vista, suelen semejar paradojas:

"El corazón tiene sus razones que no comprende la razón."

"El hombre no es más que una caña y la más débil de la naturaleza, pero una caña que piensa."

"Si el hombre se alaba lo humillo, y si se humilla lo alabo, y lo contradigo hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible."

"Somos impotentes —para probar que es invencible esa impotencia— a todo dogmatismo, al paso que tenemos de la verdad una idea que no puede vencer ningún pirronismo."

"¡Qué quimera es el hombre pues, qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué materia de contradicciones, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y error, gloria y desecho del universo."

"Suspendido entre los dos abismos del infinito y de la nada, incapaz de alcanzar la extrema grandeza ni la pequeñez extrema, el hombre se mantiene, por su misma desproporción, a distancia de la realidad."

¡Ah! la misión del hombre es un arcano,
Que mientras más se estudia más se esconde,
El telescopio la investiga en vano
Pues a él jamás la inmensidad responde;
Lo pequeño también se hace infinito,
Y ante la luz que su inspección pretende,
Así cual los estragos de un delito
Más y más su implacable zona extiende.

Montaigne dijo, en sustancia, lo mismo que Pascal, pero con desenfado y buen humor, sosegadamente. Pascal, más conmovido de los argumentos de Montaigne que Montaigne mismo, los reproduce con acento de dolor y tal deseo de persuadirnos,

que sus palabras, a manera de dardos, penetran nuestro corazón.

Pascal termina, como leal discípulo de Jansenio, reconociendo que toda salvación proviene de la gracia.

Sus razones son de aquellas que salen de la inteligencia, pero que el corazón no comprende.

Sus propios cofrades se horrorizaron de la terrible lógica del *intrépido y temerario* pensador, como lo llamó Thiers. He aquí algo de ese aborto de una fiebre del espíritu, más que parto de una inteligencia ordenada a la vez que profunda:

"Los milagros sirven más para condenar que para convertir."

Pero esto no es sino la condenación del jansenismo que a tal corolario conduce. "Conclusión de un espíritu poderoso y turbado", lo llama alguno.

Después del pensador que exclamaba: "el silencio de esos espacios infinitos me espanta"; después del jansenista que veía y mostraba dondequiera los amenazadores abismos infernales, se destacaba el cristiano humilde, tierno.

"Consuélate —suponía decirles el Señor—; tú no me buscarías si ya no me hubieras encontrado...

"Los médicos no te curarán, porque al fin habrás de morir. Yo soy quien curo y vuelvo el cuerpo inmortal...

"Mi amor es más ardiente que el que tú has tenido por tus pecados. Que para mí sea tu gloria, y no para ti, gusano y polvo..."

En Pascal puede descubrirse la fe del razonamiento, más acaso que la fe espontánea. Así explicamos su creencia excesiva en la gracia.

A un siglo de distancia aparece Voltaire —el escéptico absoluto y sarcástico, a juzgar por ciertas exterioridades transitorias, como lo eran en él todos los rasgos de su inteligencia y de su carácter llenos

de antítesis—, regenerado y devoto, humilde y soberbio, enemigo y amigo de la corte, generoso y mezquino, hidalgo y plebeyo alternativamente, según la gráfica apreciación de un magistral libro italiano recién publicado *(Storia de l'Europa durante la Rivoluzione Francese dal 1789 al 1795*, par R. Bonghi.—Roma.) "Mucho de lo que destruyó —dice en resumen este autor— fue bien destruído y cedió el paso a nuevas construcciones en el orden social; pero las ruinas de que se hizo responsable, más desconcertaron el espíritu humano que dieron aliento vivificante al progreso que ha podido realizarse."

En una de sus felices contradicciones, Voltaire escribió empero un libro *(Ensayo sobre el espíritu y costumbres de las naciones)* en que, preconizando el instinto del orden como el salvador de las sociedades —pues que anima en secreto al género humano y lo ha reservado de total ruina"—, preconizando ese instinto, decimos, se aparta por el momento de su genial tendencia a la subversión de lo existente, y deja de ser escéptico. Un presentimiento de la ley moral divina transpira en esas hermosas páginas en que desaparece el Voltaire que la tradición oral nos ha transmitido.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 19 de abril de 1891.)

ESPIRITU DE CIRCULO

Si la dominación recientemente extinguida no hubiera sido tan odiosa, la reacción se habría hecho sentir en la más alarmante forma. Calificamos de odiosa esa dominación, no con referencia a los hombres, sino sólo al sistema, porque en todas las comunidades políticas hay, como en los rebaños, diferentes matices. Prueba de ello es que muchos de los mejores auxiliares del actual gobierno no

fueron amigos suyos de la víspera, y que muchos de estos amigos son hoy sus adversarios. Aun en las filas del antiguo partido conservador ha buscado apoyo la política nacional; porque una de las principales causas del sufrimiento moral del país ha sido sin duda el infecundo y suicida espíritu de círculo.

(*La Luz.*—Bogotá, 15 de marzo de 1881.)

ESPIRITU DE OPOSICION

El espíritu de oposición se apodera de todo para crear embarazos al gobierno. En eso comete grave error. Entre nosotros nada es más pasajero que la influencia de las personas; y el daño a que éstas quiere hacerse, cuando ejercen autoridad pública importante, no recae en definitiva sobre ellas en realidad, sino sobre el país que momentáneamente gobiernan y a cuya suerte todos estamos más o menos ligados con vínculo inquebrantable.

(*La Luz.*—Bogotá, 20 de septiembre de 1881.)

ESPIRITU DE PARTIDO

Hay cosas en el fondo buenas que sólo la aberración y el abuso pueden convertir en amenaza. El espíritu de partido, cuando se funda en honrados propósitos, indica principalmente orden y disciplina en las agrupaciones que luchan por hacer suyo el favor de la opinión pública; pero si tiende a plantear ciega exclusión de ideas e individuos, anula el concepto del interés patrio, e introduce en la sociedad perturbaciones funestas. Poco importa, desde luego, que al echar en olvido la lógica y estrechar el criterio, los partidos invoquen la conveniencia general de su propia defensa; porque toda causa que no se sostiene por la justicia conduce al

malestar permanente y a la ruinosa instabilidad. Muchos abusos logró cometer el radicalismo colombiano con anunciar simplemente la presencia del enemigo común, o sea el partido conservador, en toda ocasión en que creyó oportuno mostrarse favorable a la unión del liberalismo, por él roto y desmoralizado.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia.* Tomo VII. *Lección Política.*)

ESPLENDOR MATERIAL

También Babilonia fue un prodigio de esplendor material, con su maravilloso puente sobre el Eufrates, sus espaciosos y opulentos muelles, sus colosales murallas, que tenían 16 leguas de circuito, su fabuloso palacio, sus fantásticos jardines aéreos y su gloriosa Torre de Babel, donde los caldeos comenzaron a crear la ciencia astronómica. Todo el mundo sabe el trágico, y al parecer, repentino fin de tanta magnificencia, desprovista de vida moral. En estos recientes días hemos asistido los hispanoamericanos a un desastre semejante, debido a causas análogas, en la tierra de las minas del Potosí, del guano y del salitre. Chorrillos, que fue por algunos años el teatro del juego, de la embriaguez, de la prostitución y de todo género de saturnales, en fin, fue también uno de los campos de batalla donde quedó consumada la ruina de la nominal República Peruana.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 17 de diciembre de 1882.)

ESTADO

Somos partidarios del *Estado*, no como elemento de absorción, sino de protección al derecho de cada cual. Jamás hemos dicho otra cosa, ni hemos aceptado oligarquía ni aristocracia de ninguna especie; pues, precisamente contra la que organizaron, años

atrás, ciertos políticos, hemos procurado siempre levantar todos los resortes vivos de la Nación colombiana, y en ello insistimos porque "mientras haya que hacer, nada hemos hecho". La república genuina no es la que consiste en el privilegio de los unos (muy pocos, por cierto), que aspiran a ser colonizadores, o amos, y a convertir al mayor número en explotados o siervos de la gleba. Nuestra república es la que proclamaron los próceres y sellaron con su generosa sangre.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 16 de septiembre de 1883.)

ESTADOS SOBERANOS

Si mal o no comprendemos y apreciamos la situación, es la verdad que estamos saliendo de la época de la imaginación para entrar en la del criterio; de la época de los combates para pasar a la de la paz científica. El respetable señor Lino de Pombo, uno de nuestros más verdaderos grandes hombres, tenía patriótico miedo a la federación, y solía llamarla, con su naturalidad característica, *carnaval de guapetones.* Eso estuvo ciertamente a punto de ser; pero todas las tentativas ensayadas para organizar el caudillaje entre nosotros han fracasado en hora temprana felizmente, y, a pesar de desgraciados episodios, el hecho culminante en nuestra historia contemporánea es el predominio de la Constitución y la ley sobre la intemperancia de los caporales. Estos caporales hacen más bien una figura grotesca que temible en los momentos en que, olvidándose de la tierra que pisan, quisieran remedar a Ajax mostrando los puños al cielo. Se agradecen, sin duda, los servicios oportunos y se pagan con exceso; pero la munificencia pública tiene su límite, que la opinión traza severamente, cuando las circunstancias lo exigen.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 29 de abril de 1883.)

ESTOICISMO

Es la doctrina estoica todo lo contrario de "la adaptación al medio que nos rodea". Lo externo queda según ella subordinado a lo interno, a la voluntad; y con ésta nos hacemos superiores a aquél, tratándolo con indiferencia: "Antonio y Mileto —decía Sócrates— pueden matarme, pero sin hacerme daño." Si la libertad es la vida de acuerdo con el deseo, el que ha aprendido a nada desear, entra, por ese solo hecho, en la región de la libertad perfecta. No es la libertad del manumiso lo que se necesita, pues hay otros amos que prevalecen sobre la ceremonia del gorro frigio. "La avaricia impone mayor carga que el más déspota de los amos. La que impone la ambición y el miedo supersticioso nos demuestra claramente que la verdadera emancipación está dentro de nosotros mismos." *(Persio.)*

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 29 de junio de 1890.)

EXALTADOS

En los momentos en que nuestro gobierno se renueva, se forman aglomeraciones híbridas, compuestas de sedimentos más sociales que políticos, que se hacen sentir principalmente por vociferaciones contra el poder exhausto, y estrepitosas alabanzas en favor del que se halla en opulencia. Toda esta fantasmagoría de pesebre desaparece en poco tiempo con la inevitable y cruel realidad. El sedimento no dura jamás en la superficie sino el espacio de una mañana. Pero entretanto bulle como cosa seria, y a veces hace algún daño porque logra despertar alarmas en una sociedad tan susceptible de nervios como la nuéstra. En la presente ocasión trataremos de que esa periódica epilepsia quede pronto reducida a sus verdaderas proporciones. El

Congreso proveerá a su decoro oportunamente, con disposiciones reglamentarias adecuadas; y el gobierno hará también su deber, tranquila pero resueltamente. Esto lo decimos porque, como de costumbre, se querrá acaso hacer de las barras de las cámaras campo de orgías oclocráticas. El primer período de la Regeneración no llegará a su fin sin que haya restablecido en todo su esplendor la dignidad y la libertad de la más respetable y poderosa corporación representativa del país.

De un alboroto superficial se pasa a veces a cosas mayores, según la temperatura de la atmósfera, y hoy más que nunca conviene evitar ese peligroso *crescendo*. La gran masa de la república quiere la paz a todo trance, pero el espíritu guerrero no se ha extinguido todavía completamente y una chispa importuna podría talvez producir un incendio. A nosotros, hombres de la escuela civil neta, nos horripilan las carnicerías humanas, y nada omitiremos para que el tránsito de un período a otro se verifique en normalidad absoluta. Ciframos en esto especial deseo, porque nada dará tánto crédito a la causa de que somos exponentes como el haber coincidido su influencia en el gobierno con el reinado de una paz continua.

(*La Luz*.—Bogotá, 27 de enero de 1882.)

EXCLUSIVISMO

Los gobernantes deben ser de partido en todo cuanto se relaciona con el desarrollo de los principios, pero sin salir del dominio de la Constitución, de las leyes y de la decencia. La exclusión perseverante de las aptitudes que no son personalmente adictas, y sólo por el hecho de no serlo, es el régimen del privilegio, la reproducción disfrazada, pero fiel, de lo mismo que existía entre nosotros an-

tes de la Independencia. El círculo es menos aún que el partido; y la exclusión en ese estrecho campo es el privilegio en la más miserable forma. Comprendemos que no todo el mundo sepa apreciar estos delicados tintes del movimiento de los partidos, porque la política se ha vuelto industria grosera para muchos de nuestros compatriotas.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 16 de junio de 1879.)

EXTRAVIADOS

De extravíos momentáneos todos somos susceptibles. En el abrasado arenal de la política, la sangre sube con frecuencia al cerebro, y nubes de polvo se interponen diariamente entre nuestros ojos y la realidad de las cosas. Creemos a veces divisar un oasis, y al avanzar unos pasos encontramos el purgatorio, y aún más a menudo sucede que entrevemos una cumbre, y al tratar de ascender, nos hallamos a orillas de un abismo. En Colombia la adulación no es vicio preponderante, por fortuna, porque los colombianos son, en lo general, muy celosos de su dignidad personal; pero por interés de partido se cometen las mayores infamias. Lo que queda medio organizado de la vieja y desacreditada comunidad radical es una agrupación de bohemios, o gitanos, que ha perdido todo decoro, imaginando, muy equivocadamente, que no hay conciencia pública. Esa agrupación práctica, con una impavidez que hiela la sangre de los observadores de mediana delicadeza, ha adoptado la corruptora máxima de "el fin justifica los medios".

(*El Porvenir.*—Cartagena, 19 de agosto de 1883.)